

Apuntes sobre la tarea de conducir clases de literatura

POR ARIEL BARRÍA ALVARADO

“Un libro no te llena el vientre si tienes hambre, pero sí te dice cómo podrás llenarlo; un libro no te hace inmune a las armas de la violencia, pero hace que tu corazón no sea violento; un libro no te hace rico, pero te hace sentir como si lo fueras, además de darte la libertad que te niegan las riquezas materiales; un libro no te hace famoso, pero te permite reírte de la fatuidad que nimba a algunos famosos; un libro no elimina a las drogas, pero sí elimina la necesidad de ellas; un libro no hace la paz, pero te enseña a vivir en paz; un libro no es dios, pero te deja hablar con Dios.”

En mis días de estudiante universitario, tuve en las manos un esclarecedor artículo que lamentaba no haber conservado; en su título recogía una admonición irónica: “No sea profesor de español si...”, y luego entraba a explicar varias condiciones que inhabilitaban a un docente para ejercer de modo cabal la enseñanza de nuestra lengua. Por supuesto, el objetivo de la cartilla era hacernos entender las razones por las que se escogió la carrera de profes-

or de español, y los deberes que esto conllevaba. Así pues, quien no tuviese apego por la gramática, o le importase muy poco con el buen decir, aquel que no soliese leer a menudo, o quien considerase que no poseía disposición para orientar a otros en la lectura provechosa y en la escritura clara y correcta, le convenía emprender una carrera distinta.

Hoy, años y experiencias auestas, creo oportuno devolver aquel chorro de luz a otros que vie-

nen por el camino, con un recuento de algunas de las principales herramientas que resultan indispensables a la hora de decidirnos a enseñar temas literarios, ya sea como docente de la cátedra de español, o como conferencista invitado a una tertulia sobre letras y libros.

Quizás entre los que lean estas páginas, alguien encuentre útiles tales experiencias, comprobadas y vividas una y otra vez en el claustro y en los sitios abiertos al tratamiento de estos temas. La literatura, puerta de tantas puertas, cada vez tienta a más personas para que ingresen a indagar sobre sus posibilidades. Profesionales de diversas ramas, y con distintos tiempos de ejercer sus oficios, acuden a diario a conocer el modo en que las letras ofrecen oportunidades de entenderse mejor a sí mismos y, por consiguiente, de entender el mundo que los rodea. Llegan a las universidades, a los cafés, a las escuelas que abren sus claustros con tales fines, y no dudan en deponer actitudes anteriores ante la palabra impresa para volver a asumir, cual si fuesen

niños, un conocimiento que presenten valioso, edificador.

Sin embargo, una proporción importante de nuestros jóvenes aún no vislumbra esa posibilidad y ve las materias relacionadas con la literatura no sin cierto desdén, y en eso los docentes, y los escritores, tenemos una responsabilidad primordial. Soy un convencido de que si, a la hora oportuna, combinamos esfuerzos personales y modificamos ciertas estructuras del sistema educativo que propician la idea de la enseñanza literaria como un estudio de materias muertas, podríamos ganar parte del interés juvenil que proveería de éxitos a la labor escolar, permitiéndole a los estudiantes un encuentro temprano con productos intelectuales que resultan aptos para ayudarlos en su formación integral, y que han de capacitarlos, sin duda alguna, para ser parte de una ciudadanía responsable, consciente de su entorno, renuente a la manipulación y proponentora de nuevas vías que revitalicen las gastadas estructuras de su sociedad, abocándola así a días más promisorios para todos.

Es que, y esto lo digo mirando a la cara a los que insisten en encontrar fines prácticos a la literatura (más pragmáticos que la consabida respuesta: “ejercer las facultades del intelecto”), leer y escribir, si bien son dos facultades distintas, se encuentran enlazadas entre sí de manera indisoluble, y a la vez con otras tareas del pensamiento que son insustituibles a la hora de llamarnos humanos a plenitud. Y en la medida en que estas dos acciones se ejecuten bien (vale explicar: que se lea con provecho y se escriba con propiedad), habremos avanzado un paso en el entendimiento de nuestra posición y nuestras posibilidades en el entorno (macro y

micro) en el que nos corresponde desarrollarnos. De buenos lectores, de buenos comunicadores mediante la palabra, es dable esperar seres que entiendan su momento y actúen en consecuencia, y de allí solo hay un paso hasta los grandes líderes del mundo, esos individuos que modelan su tiempo, y quienes (sin excepciones que no sean aberraciones) ostentan un bagaje adquirido mediante la disciplina intelectual. Y el libro será siempre columna de ese proceso vital.

Para el propósito que nos ocupa, he adoptado el decálogo como formato de mis expresiones, pues resulta consubstancial con los principios culturales sobre los que nos formamos, y facilita en algo la tarea propuesta en este ensayo. Sin embargo, reconozco que, más que sobrar, quedarán faltando aspectos que el lector, sobre su práctica, podrá ir añadiendo (pues eso no desvirtúa el concepto del decálogo) o, si ese es el caso, podrá reemplazar algunos de los puntos expuestos en el conjunto. A fin de cuentas, poco de lo que yo diga ahora podría ser reclamado como propio, porque proviene de aprendizajes colectivos, de enseñanzas en doble vía, donde a veces tiene más valor una pregunta que una respuesta, y donde la potencialidad del iniciado puede superar las experiencias del maestro, dado que la perfectibilidad es el mayor galardón del ser humano, y quizás el único digno de concitar orgullo.

Creo que estas orientaciones llegan en buena hora, a despecho de lo que pareciera expresarse a través del grueso de los medios de comunicación del país, en los que la violencia, la desesperanza y la zozobra son elementos promotores de más ingresos para sus empresas, sin importar que eso signifique mayor

escarnio sobre la autoestima nacional. En efecto, a contracorriente de esa imagen horadada, en Panamá un creciente número de panameños se encamina por los senderos del perfeccionamiento profesional, que sin lugar a dudas recoge también el interés por conocer y ser parte de las manifestaciones culturales, entre las que ocupa un lugar cimero la literatura y sus distintos géneros.

En verdad, hay concienciación en torno al hecho de que la lectura es propia de todo profesional integral que se precie como tal, por lo que los docentes de español, en particular, y quienes tienen que ver con las dinámicas de la lectoescritura, en general, han de dominar las destrezas básicas para el afianzamiento en su materia, con énfasis en la potencialidad que reúne la literatura.

Estas reglas, este decálogo, resultan frutos obtenidos luego de largos años de observar la enseñanza de la literatura en nuestras escuelas; si bien pretende ser admonitorio, en realidad busca compartir experiencias y actitudes que son propias de los aprendizajes obtenidos de la lectura. Veamos, luego entonces, lo que proponemos:

De literatura no se habla sino con la letra escrita sobre la piel: uno no puede ser frío, indiferente, cuando habla de literatura. La literatura se actualiza de manera constante, es vida. Un solo ejemplo: cada vez que abrimos las páginas de La Iliada, sus héroes vuelven a revivir su epopeya, son seres plenos que están allí, esperando saltar con su lectura. Tenga esto presente siempre, hágalo sentir a su auditorio, hablele con esa certeza... motive un diálogo directo con la obra.

La literatura responde a un contexto, no lo ignore: ¿*Tristán e Isolda* le resultan ajenos a su tiempo? Tiene razón: son ajenos a su tiempo. Para captar todas sus facetas hay que apreciar la obra en el marco histórico y cultural en que se desarrolla. Por supuesto, en todo hecho literario subyacen valores humanos fundamentales, inmutables, pero su dimensión total depende del momento en que fue pensada; averígüelo, contextualice la obra y obtendrá más provecho de su aproximación.

El mundo cambia, el hombre cambia, la literatura cambia: no quiera acercarse a una obra con los mismos patrones de hace décadas atrás. Ha llovido mucho desde entonces y los conceptos han cambiado. Por ejemplo, ahora se puede prescindir de preguntas como: “¿Qué quiso decir el autor de *La metamorfosis*?”. Más relevante es preguntar al lector cuál es su apreciación sobre ese libro de Kafka, qué le dice su lectura, qué puentes hay entre él y la obra. Al fin y al cabo, la lectura es un ciclo que integra a la obra con el lector, y su producto más viable es la comprensión de lo leído, que en no pocas oportunidades se desliga de la intención del autor. En resumen, priva la recepción, el “qué entiendo”, sobre la emisión, el “qué dice” (es obvio: eso exige mayor responsabilidad del lector, pero hacia allá llevan casi siempre las avenidas de la literatura, a las plazas del crecimiento).

Los detalles son importantes, pero no tienen que ser evidentes: lo más productivo de la literatura no está en el texto sino en el subtexto, las emociones que desata una lectura, los pensamientos

asociados. Las relaciones inconscientes que establecemos. Estamos en tiempos de virtualidad, donde es posible colegir que por cada tres páginas de texto impreso pueden surgir seis o más basadas en el texto virtual. Claro que los detalles explícitos son importantes, pero estos nos conducen por lo general a otros no tan evidentes que debemos asir a la hora de entender o de explicar un texto. Otra vez, eso exige una lectura más atenta, una segunda o tercera lectura, o una lectura apoyada en otros criterios; crecimiento en fin.

Entender de literatura no significa hacerse ininteligible: con excepción de auditorios compuestos por profesionales, quienes acuden a una tertulia literaria, o a una clase de literatura, suelen enmarcarse en varios niveles de conocimiento (por eso van a aprender). La literatura puede ser explicada sobre la base de referentes claros, próximos, contemporáneos, amenos. La sociedad y sus personajes, la noticia matinal, los hechos que nos preocupan, la política, la historia, la economía... son referentes válidos para ampliar un concepto expuesto en la obra literaria. No asuma *Don Quijote* como un cúmulo de hechos pasados, porque no lo es; véalo a través del cristal del presente, relaciónelo con la vida, considere que su permanencia y actualidad mundial a lo largo de tantos siglos no puede ser obra del azar (tenga en cuenta el punto 1).

Usted tiene sus lecturas preferidas, pero considere las de su auditorio: la lectura es un hecho particular, íntimo, sobre el cual no debemos ejercer presiones. Usted puede valorar cierto tipo de literatura, pero no le reste valor a

otras; considérelas como parte de un conjunto de conocimientos a los que se tiene acceso como parte del proceso de desarrollo de todo buen lector. Si de veras considera que son malas las lecturas que alguien prefiere, demuéstrela que hay vías para conocer otras obras.

No se quede en ciertas épocas literarias: no sea usted de los que dice que todo tiempo pasado fue mejor; no dé como un hecho que lo de antes vale mucho y lo de ahora muy poco (de paso, la *arrogancia* suele ser síntoma de *ignorancia*, o bien de *petulancia*, y se evidencia a través de fundamentalismos nocivos, impropios en quien aspire a enseñar para la vida, que a su vez se basa en el cambio). Si tiene que hablar de literatura en general, conozca lo que se está haciendo ahora, no limite sus citas a autores del siglo pasado. Y si es de los que deben enseñar literatura de un período, pues igual debe hacerlo, por la necesidad de ver las obras como un producto humano que responde a los cambios humanos. Algo más: abra la puerta a mediciones que permitan salirse de su estricto criterio, admita que existen otras mediciones que pueden discrepar (¿no fue rechazado Cervantes en su época?, ¿no hubo editores que devolvieron los manuscritos de García Márquez cuando el colombiano no era la mina de oro que llegaría a ser?, ¿por qué cree que el holandés Van Gogh solo llegó a malvender una obra en su vida?).

Haga sentir que la literatura no es solo divertimento, sino oportunidad: ante la pregunta “¿para qué sirve la poesía?” muchos guardarán perplejo silencio. Hay una resistencia justificada a adjudicarle valores prácticos a la

literatura, pues su misma esencia procura desprenderse de lo prosaico para ir en busca de horizontes más altos. Sin embargo, en el aula la literatura puede ser útil herramienta para entender los procesos dinámicos de la sociedad. Un profesor de historia que se valga de una novela histórica avanzará por caminos mucho más cómodos si logra establecer el justo medio entre historia y literatura, entre el “ocurrió” y el “pudo ocurrir”. Un docente de derecho puede auxiliarse muy bien en clásicos como “Los hermanos Karamazov”, “Crimen y castigo”, “Los miserables”... Las historias de Marco Polo ayudarían al que enseñe geografía; “La Celestina”, al que muestre la evolución de la lengua. Es cierto, hay quienes leen para distraerse, pero esa no tiene que ser la función primordial de la literatura, hay muchas facetas adicionales que aguardan la mano que las mande a levantarse. Y si aún no bastan esos ejemplos, recuerde que la literatura es una actividad intelectual puramente humana, es una bandera que justifica y arraiga nuestra posición en la Naturaleza, no la compartimos con otras especies, como sí compartimos otras funciones básicas.

No sea de los que se dejan encandilar por los best seller, haga sus propios descubrimientos: el proceso de construir un *best seller* no solo está en manos del autor; hay toda una estrategia de *marketing* global apoyando la idea de convertir determinado texto, o a cierto autor, en un acontecimiento literario. Siempre es bueno salirse de los caminos trillados de la publicidad y confiar en el instinto, buscar nuevos títulos, nuevos autores, especialmente si son naciona-

les y contemporáneos. El contacto lector-escritor es una ventaja de primera magnitud en el proceso de la lectura y en la vía hacia el logro de nuevos lectores; intente sacar ventaja de esa posibilidad, indague en su entorno, participe en ferias culturales, revise los premios nacionales o institucionales que se dan anualmente, hable con las editoriales, contacte a los escritores que de allí surgen y establezca un puente entre ellos y su auditorio. Pueden salir sorpresas agradables si esto se hace bien

Entienda la literatura como proceso, no como fin:

evite esa engañosa certeza de que en asuntos de literatura usted ha llegado a su meta, confiésese siempre en busca de objetivos trazados desde antes, pida a los demás que lo acompañen, más personas de las que usted cree lo seguirán si es honesto. Recuerde que el camino de la literatura está compuesto por finales que se reemplazan constantemente, tanto para quien escribe como para quien lee. Siéntase en ese camino y otórguese reconocimientos por cada paso dado en buena dirección, comparta esos reconocimientos con los que marchan junto a usted y verá cómo cosecha buenos frutos.

Si cree que más de la mitad de estas acciones no van con usted, manténgase lejos de los que desean enseñar literatura, hablar de literatura con fines formativos, pues podría constituirse en un obstáculo para el aprendizaje y aprovechamiento de la literatura. No se le pide que cambie, no somos quiénes, usted puede seguir leyendo para su consumo, puede seguir enseñando otras materias (aunque casi todos los puntos de este propuesto *decálogo* tienen que ver de modo primordial

con el arte de enseñar), pero no procure influir en otros. Las universidades, la sociedad en general, están llenas de personas que temen a los libros como a la peste, producto de encuentros malhadados con quienes, alguna vez, debieron ser sus guías y se convirtieron en murallas inexpugnables para el conocimiento. De esos no necesitamos más.

Pero si está en concordancia con más de la mitad de lo que aquí se dice, corra, busque a esas nuevas generaciones destinadas a encargarse del futuro y permita que entre ellos y usted se extienda un puente sólido de entendimiento. Sin duda, podrá ejercer un excelente magisterio, en el amplio y original sentido de la palabra, y habrá de plantar semillas en tierra fértil para los años venideros. A esos los espera el mundo, con un agradecimiento anticipado.

Panamá, julio de 2008

*Tomado de la revista “Lotería”, No. 481, Panamá, noviembre-diciembre 2008.

ARIEL BARRÍA ALVARADO Nació en Las Lajas, provincia de Chiriquí, el 23 de marzo de 1959. Es profesor de Lengua y Literatura en la Universidad Católica Santa María La Antigua y funcionario del Departamento de Relaciones Públicas de la Policía Nacional. Ha ganado varos premios en el género cuento, entre ellos el Premio César Candanedo (1998), y el Premio José María Sánchez de la Universidad Tecnológica (2002). En el año 2000 fue galardonado en el Concurso Literario Ricardo Miró, por su novela *La Loma de Cristal*. Este mismo galardón lo recibe en dos categorías en el 2006 por la novela *La casa que habitamos* y por el libro de cuentos *Ojos para oír*.